



---

Hannah Arendt · Martin Heidegger

---

# Correspondencia

1925-1975

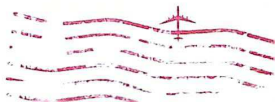


Biblioteca Universitaria de Granada



02274309

.er





POL-81082

Hannah Arendt  
Martin Heidegger

1  
ARE  
COR

FACULTAD DE CIENCIAS  
POLÍTICAS Y SOCIOLOGÍA  
GRANADA

Correspondencia  
1925-1975  
y otros documentos de los legados

Edición de Ursula Ludz

Traducción de Adan Kovacsics

	<b>BIBLIOTECA UNIVERSITARIA DE GRANADA</b> Biblioteca de la Facultad de Ciencias Políticas y Sociología
Nº Documento	_____
Nº Copia	02274309

Herder

*Título original:* Briefe 1925 bis 1975 and andere Zeugnisse

*Traducción:* Adan Kovacsics

*Diseño de la cubierta:* Dani Sanchis

©1998, Vittorio Klostermann, Frankfurt del Meno

©2000, Herder Editorial, S.L., Barcelona

2.ª edición, 2.ª impresión, 2022

ISBN: 978-84-254-4071-7

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a cedro (Centro de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra ([www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com))

*Imprenta:* QPPRINT

*Depósito legal:* B-24.337-2017

*Printed in Spain - Impreso en España*

**Herder**

[www.herdereditorial.com](http://www.herdereditorial.com)

## ÍNDICE

### Cartas y otros documentos de 1925 a 1975

La mirada .....	11
El reencuentro de la mirada .....	67
El otoño .....	143
Epílogo .....	237

### Anexo

Notas relativas a los documentos 1 a 168 .....	243
Documentos adicionales pertenecientes a los legados .....	363
Posfacio de la editora .....	383
Agradecimientos .....	399
Índice de obras .....	403
Abreviaciones, datos bibliográficos citados de forma abreviada ..	405
Las obras citadas de Hannah Arendt .....	407
Las obras citadas de Martin Heidegger .....	412
Los documentos publicados .....	427
Nota del traductor .....	438
Índice onomástico .....	439

Querida Hannah:

La noche y tu carta. ¡Gracias, mi bondadosa! Ambas cosas me dicen que aún no soy bastante fuerte para *tu* amor. «El» amor no existe, claro está.

Si fuera bastante fuerte, quizás no te habría ayudado la otra noche – pero sí te habría regalado más bondad. Por eso, fue como si yo tuviera algún derecho a que estuvieras bien cuando vienes, en vez de que puedas venir cuando no estás bien.

El que yo no creciera al instante demuestra que no superé la prueba. Tú, en cambio, sí, hasta el extremo. No quieres, querida Hannah, que sigamos hablando de ello. No queremos «desmenuzar» lo ocurrido. Pero puedo pedirte, querida, que no temas esas horas y días de «cansancio» y que en el futuro no sean para ti algo que no pertenezca también a mí.

El ser humano no es esa cosa aburrida que aguanta de forma permanente en las cimas de la admiración, de la felicidad y de la audacia. Por eso, no te dejes llevar a la autoinculpación por mi fracaso.

No tengo nada que perdonar – sólo me queda agradecerte aún más tu bondad radiante de la otra noche. En tus discursos y relatos sonaba tanto regocijo y tanta alegría despreocupada que me sentí contento por ti. ¿Y sabes que son siempre mis momentos más hermosos, cuando me siento del todo contento de ti? ¿Pero te soy acaso menos cercano cuando debería sentirme triste por tu fatiga?

Ya te he dicho alguna vez que olvido con facilidad cuánto más os cuesta vivir hoy en día a vosotros, los jóvenes – con lo cual no quería incluirme entre los «viejos».

Pero la época, el ambiente y la estructura generacional aportan tanto a vuestras vidas y lo hacen tan temprano que puede cansar con mayor facilidad y frecuencia en una época que no es capaz de dar nada – que fácilmente lo vuelve todo viejo – y en que sólo los muy fuertes y silenciosos logran comprometerse con algo sin llamar la atención ni armar alboroto.

Todas las posibilidades que se agolpan hoy en día sólo pueden desencadenar fuerzas si estas ya están ahí.

Y estas no surgen desde fuera – sino que se desatan desde la confianza silenciosa en sí mismo y en los otros.

Me constaste cuánto carecéis vosotros, la juventud, de una vida y un ser comunes.

Ya te escribí en las primeras cartas qué tarea asigno precisamente a la mujer en la universidad y cuán poco se ha entendido.–

He comenzado a leer la *Montaña mágica* – me resulta emocionante porque conozco todo por las cartas de mi único amigo de la juventud y porque viví ese mundo desde la distancia en mi época estudiantil.

La grandeza de la descripción, claro – es increíble; lo que hasta ahora he leído sobre la «época» no resulta convincente – pero sería ridículo que me pusiera a rastrear la obra en busca de esto.

Pero el hecho de que un fenómeno como el estar-ahí sea vivido por el entorno y sólo en apariencia viva por sí solo está señalado con tal maestría que de momento sólo me concentro en ello. Soy un lector muy lento y, además, mi «cuerno» en la frente me tortura y me reduce las fuerzas.

Ojalá la infección no se extienda y no me estropee las próximas semanas. El miércoles por la mañana vino a verme Bultmann y me recomendó suspender la clase. De hecho, ahora vuelvo a estar descansado, puesto que llevaba varias noches sin dormir. Y sé que tú también tendrás paciencia conmigo.

Cuando me hablaste este lunes, era del todo distinto que antes. La seguridad en ti misma y esa pertenencia clara y libre a mí.

¡Fue una delicia verte dar una palmada de alegría al hombro del bueno de Jacoby, cuando de hecho esa palmada era para mí!

Y así como estabas próxima a mí en la breve conversación, así lo estás cada día durante el curso.

Tu vida será rica y nunca podrá fracasar. Esta fe vale más que todo cuanto podamos acaparar y producir.

Alégrate, querida –

tu

Martin.

[invierno 1932-1933]

Querida Hannah:

Los rumores que te inquietan son calumnias que encajan perfectamente con otras experiencias que he tenido que vivir en los últimos años.

El hecho de que difícilmente pueda excluir a los judíos de las invitaciones a los seminarios puede deducirse de la circunstancia de que en los últimos cuatro semestres no he tenido *ninguna* invitación al seminario. El que, según dicen, no saludo a los judíos es una difamación tan grave que, eso sí, la tendré muy en cuenta en el futuro.

Para aclarar mi actitud frente a los judíos, bastan los siguientes hechos:

Este semestre de invierno tengo permiso y por tanto ya comuniqué con tiempo en el semestre de verano que deseo ser dejado en paz y que no acepto que me entreguen trabajos ni nada por el estilo.

Quien a pesar de ello viene y debe doctorarse y, además, podrá hacerlo, es un judío. Quien puede venir a verme mensualmente para informar de un trabajo importante en curso (que no es ni el proyecto de una tesis ni de una habilitación), es otro judío. Quien hace unas semanas me envió un extenso trabajo para que lo revisara con urgencia, es judío.

Los dos becarios de la comunidad de asistencia cuyo nombramiento conseguí en los últimos tres semestres son judíos. Quien recibe a través de mí una beca para Roma, es un judío.

Quien quiera llamarlo «antisemitismo furibundo», que lo haga.

Por lo demás soy hoy en día tan antisemita en cuestiones universitarias como lo era hace diez años y en Marburgo, donde incluso conté para este antisemitismo con el apoyo de Jacobsthal y Friedländer.

Esto no tiene nada que ver con las relaciones personales con judíos (por ejemplo, Husserl, Misch, Cassirer y otros).

Y menos aún puede afectar a la relación contigo.

El hecho de que, en general, me haya retirado hace bastante tiempo se debe en primer lugar a que me he topado con una incomprensión desoladora con todo mi trabajo y luego también a las experiencias personales

poco bonitas que he tenido que vivir en mi actividad docente. Eso sí, he perdido hace tiempo la costumbre de esperar algún agradecimiento o simplemente un talante decente por parte de los llamados alumnos.

Por lo demás me siento con buen ánimo en el trabajo, el cual resulta cada vez más arduo, y te saludo cordialmente,

M.

desde el malentendido y el tanteo hasta la sintonía de los corazones que se esforzaban.

El diálogo sólo había de procurar que el encuentro *de nosotros dos* y su carácter duradero llegara, por ti y por mí, al elemento puro de la confianza consciente entre nosotros tres. Las palabras de mi mujer sólo insistían *en ello*, no en exigirte que le confesaras tu culpa.

Mi mujer no deseaba en absoluto tocar el sino de nuestro amor. Sólo estaba interesada en liberar este regalo de la mancha que llevaba adherida por mi ocultamiento. Este ocultamiento no sólo suponía abusar de su confianza. Precisamente porque yo sabía que mi mujer no sólo comprendería el regocijo y la riqueza de nuestro amor, sino que además lo aceptaría como un regalo del destino, aparté su confianza.

En general hablamos demasiado: a veces, sin embargo, demasiado poco. Yo, desde la confianza hacia mi mujer, debería haber hablado con ella y contigo. Entonces no sólo se habría mantenido la confianza, sino que tú habrías entendido la manera de ser de mi mujer y todo esto nos habría ayudado.

Ahora ha llegado, sin embargo, el momento en que ha quedado reparada esta grave negligencia y la sintonía se ha tornado viva en un verdadero conocimiento mutuo.

Así como la casa, también mi taller con su vista surgió de un largo y reflexivo proyecto de mi mujer.

Así, la sintonía que se ha hecho realidad podrá adaptarse en el futuro al tono cálido de las paredes de madera de este cuarto.

Me alegra que tus pensamientos dirigidos hacia aquí puedan moverse ahora por la mirada a este taller y por su vista a los prados y montañas.

Queda lo imprevisto de la hermosa velada de ayer y de esta mañana Regocijante. Lo esencial siempre ocurre de modo súbito. En nuestra lengua, rayo (*Blitz*) quiere decir: mirada (*Blick*). Pero lo súbito requiere, tanto en lo bueno como en lo malo, de un largo tiempo de gestación. Por eso me entristece que las horas fueran tan breves. Por eso confío con más alegría aún en tu retorno, querida Hannah. Será lo más hermoso; pues ahora lo temprano y lo tardío han sido llevados con igual pureza a lo abierto. Sé que tú también te alegras con más alegría a partir de esta pureza y que perteneces a nosotros.

Te saludo cordialmente y te doy otra vez las gracias por haber venido. Mi mujer te saluda cordialmente.

Tu Martin.

La hoja es del sarmiento cuya cepa mi mujer trajo hace años de unos campesinos de la Selva Negra. Ellos adornan sus cuartos con esta hiedra, sin saber nada más de las coronas del dios que la ama. Que la hoja te acompañe siempre como saludo de mi cuarto.

M.

48 *Hannah Arendt a Martin Heidegger*

Wiesbaden

Alexandrastrasse 6-8

9 de febrero de 1950

Escribo esta carta desde que salí de la casa y me subí al coche. Y, sin embargo, no puedo escribirla ahora, ya entrada la noche. (Escribo a máquina, porque mi pluma se ha roto y mi letra ya es ilegible.)

Esta velada y esta mañana son la confirmación de toda una vida. Una confirmación en el fondo nunca esperada. Cuando el camarero pronunció tu nombre (de hecho, no te esperaba, pues no había recibido la carta), fue como si de pronto se detuviera el tiempo. Entonces tomé conciencia de manera fulminante de algo que antes no habría confesado ni a mí misma ni a ti ni a nadie: que la presión del impulso, después de que Friedrich me diera la dirección, tuvo la clemencia de preservarme de cometer la única infidelidad realmente imperdonable y de hacerme indigna de mi vida. Pero una cosa debes saber (ya que no nos tratamos demasiado ni con excesiva franqueza): si lo hubiera hecho, habría sido por orgullo, es decir, por una estupidez pura y simple y loca. No por ciertos motivos.

He venido sin saber lo que tu mujer esperaba de mí. Había leído la carta en el coche, semidormida. Si lo hubiera sabido, no me habría negado ni

un solo instante. Mi negativa inicial sólo se basaba en lo que luego se insinuó con aquello de la «mujer alemana» y en lo que me habían contado esa misma tarde durante el té. Por favor, no malinterpretes; a mí, personalmente, me resulta del todo indiferente. Nunca me he sentido como mujer alemana y desde hace tiempo he dejado de sentirme como mujer judía. Me siento como aquello que soy, sin más ni más: como la muchacha de tierra extraña.

Estaba y estoy conmocionada por la sinceridad y el énfasis del reproche. Pero sólo dije «tal vez» desde un repentino sentimiento de solidaridad con ella; y desde una profunda simpatía también surgida de manera repentina. Podría añadir, siendo objetiva, que desde luego no sólo callé por discreción, sino también por orgullo. Pero también por amor a ti – para no hacer nada más difícil de lo que debe ser. Sólo me marché de Marburgo por ti.

*Los Caminos del bosque* están sobre la mesita de noche. He empezado el Heráclito con gran alegría. Me siento feliz con el *pollá ta deiná* [πολλὰ τὰ δεινὰ] – ha salido perfecto. He tenido suerte en cierta medida: cuando llegué aquí, debí enviar de vuelta el coche y también al chófer, de modo que ahora dispongo de dos días de tranquilidad aquí. Puedo aplazarlo todo y asegurar plenamente los días 4 y 5 de marzo. El sábado vuelo a Berlín, donde me quedaré hasta el viernes (dirección: Berlín-Dahlem, Parkhotel). Luego estaré aquí el sábado y el domingo y luego iré a la zona británica. Si pudieras venir el sábado/domingo –muy al norte– y ser mi huésped....

Ya que no lees revistas y los libros sólo de atrás hacia adelante, te envió unas cuantas hojas arrancadas, de hecho no sólo a ti, sino también a tu mujer.

Hannah

10 de febrero de 1950

Querida señora Heidegger –

acaba de llegar la carta de Martin, por la cual siento la necesidad de contestarle. Me siento feliz de haber venido y feliz también de que todo se haya resuelto positivamente.

Existe una culpa por taciturnidad que poco tiene que ver con la falta de confianza. En este sentido, creo yo, Martin y yo probablemente hemos pecado tanto el uno contra el otro como contra usted. Esto no es una disculpa. Usted desde luego no la esperaba, ni yo podría dársela. Usted ha roto el hielo, y por ello le doy las gracias de todo corazón. No podía ocurrírseme que usted esperara algo de mí porque, más tarde, cometí cosas mucho peores en relación con esta historia de amor, de modo que aquellas cosas tempranas ya ni siquiera me vinieron a la mente. Mire usted, cuando me fui de Marburgo estaba firmemente decidida a no amar nunca más a un hombre y luego me casé, como fuera, con cualquiera, sin amar. Porque me creía totalmente soberana, creía disponer de todo precisamente porque no esperaba nada para mí. Todo esto sólo cambió cuando conocí a mi actual marido. Pero eso ya es otro capítulo.

Por favor, créame: lo que se alzaba entre nosotras y sin duda sigue alzándose aún nunca fueron estas cosas personales, al menos para mi conciencia. Usted nunca ocultó sus convicciones, ni lo hace ahora, tampoco ante mí. Este credo hace que una conversación resulte casi imposible, porque aquello que el otro podría decir ya está caracterizado y (usted perdone) catalogado de entrada –judío, alemán, chino. Estoy en todo momento dispuesta, y lo he insinuado a Martin, a hablar de estas cosas de manera objetiva y política; creo saber bastante sobre ello, pero sólo con la condición de excluir lo personal-humano. El *argumentum ad hominem* es la ruina de toda comunicación porque incluye algo que se halla fuera de la libertad del ser humano.

Me gustaría saber algo, pero si no quiere decirlo, también lo acepto. ¿Cómo se le ocurrió recurrir a Jaspers como a una especie de árbitro? ¿Sólo porque usted sabe casualmente que soy amiga de él? ¿O quizá porque le

tiene usted tanta confianza? Me quedé demasiado perpleja para reaccionar; ahora la cuestión no deja de perseguirme.

Pronto volveremos a vernos. Hasta entonces reciba usted estas líneas como un saludo y un agradecimiento.

SU

Hannah Arendt

50 *Martin Heidegger a Hannah Arendt: cinco poemas*

[SIN TÍTULO]\*

En súbitos, raros instantes nos destella el Ser.  
Atisbamos, guardamos – vibramos con él.

TÚ

¡Arrojo de la llama,  
tempranamente Pretendida!  
Esta es la puerta  
en cuyas profundidades  
de súbito hacia arriba,  
hacia la amplitud quieta  
–para que Ello llamara–  
se perdió el reencuentro.

\* Véase lámina I.

## LA MUCHACHA DE TIERRA EXTRAÑA

La tierra extraña,  
también para ti extraña,  
es:  
montaña del placer,  
mar del sufrimiento,  
desierto del deseo,  
albor de una llegada.  
Tierra extraña: suelo natal de esa mirada  
que inicia mundo.  
Inicio es sacrificio.  
Sacrificio es la lumbre de la fidelidad  
que aún resplandece sobre  
la ceniza de todas los incendios y –  
enciende:  
brasa de la dulzura,  
resplandor del silencio.  
Extraña de tierra extraña, tú –  
habita en el inicio.

## CORRESPONDENCIA

Ateo solamente  
el dios; por lo demás,  
ninguna de las cosas –  
sólo la muerte  
corresponde nuevamente  
en el anillo  
al poema matinal  
del Ser.